

cenizas transportadas en 1795 a la Habana por Aristizábal son las de Cristóbal Colón. El enardecimiento patriótico español de los primeros días de la disputa se ha calmado, ya no dejan de ser gloria de la patria los restos de Colón si no reposan en un pedazo de tierra peninsular, porque ya no hay colonias españolas en América, y sólo se ve hijas de España en la inmensa porción del Nuevo Mundo en donde flota el espíritu de la raza; ya, finalmente, vuelve para España, bajo la égida republicana, la posibilidad de un segundo Renacimiento de los viejos tiempos de la democracia nobilísima que, arrancando de su protohistoria, soterrada por primera vez ante el imperialismo romano, resurgió en la Edad Media con fuerza original en un magnífico esfuerzo por la

readaptación del pueblo a la tierra mediante la rebusca guerrera de la antigua unidad política asentada en la unidad geográfica, por la reaparición de la hombradía y la independencia como base del carácter, por la reorganización política peninsular prearia reflejada en las comunidades aragonesas y en el municipio español medioeval, para soterrarse de nuevo, pero siempre invencible é irreductible, ante el centralismo contrario á la naturaleza de Austrias y Borbones, que acaba de expirar: en este nuevo resurgimiento, digo, del espíritu ibérico, el timbre de hombres de la cepa de Guzmán el Bueno, tales como Echeverri y González de la Fuente, es más español y suena más alto que el de Colmeiro, Pezuela, Asensio y compañía. (Continuará)

BIBLIOGRAFIA HISTORICA

Biografía del Padre Meriño

Por Abigail Mejía de Fernández.

A ABIGAIL

Mi dilecta amiga i discípula

honradora de su maestra i su maestro:

Recibí antier i lei ayer tu copioso libro biográfico.

Yo sólo conocía de tu estudio histórico-psicológico de Meriño — mi amado maestro de quien fui discípulo amado — la porción que leíste en el Ateneo. El volumen contiene, en sus cien páginas de lectura, cuanto se refiere a la triple caracterización de Fernando Arturo de Meriño como orador i maestro, como tribuno i estadista, i como el prelado i el hombre.....

Tu obra fue un acierto i es un éxito. En hora feliz sea!

Meriño es una fuente espiritual, inagotable, i tu libro ha echado a correr sus aguas lustrales, engrosando sobremano la corriente distribuida, en diversas ramas, por Betánces, Luperón, García, Tejera, Garrido, Machado, Spignolio, Castellanos, Nouel, Prudhomme, Nolasco, Sánchez, Henríquez Ureña; i, ahondando en la intimidad su organismo afectivo, Amelia Marchena de Leiva. (Amelia Francisci).

Yo me quedo en la sombra con prólogo, páginas i discursos por amor i en honra suya.

—
Leyendo i releendo el bello libro, como tuyo, he puesto señales inductoras. Haré algunas notículas, en relación con las páginas señaladas, cuando

las quebras de la salud me lo consientan; i te las enviaré por si las creyeres útiles.

Gracias por el amable obsequio.

Tu afectísimo

DON FED.

Ciudad, Junio 30 de 1934.

Anotaciones

Página 9.— La distinguida biógrafa de Meriño le atribuye el suplicio del Pbro. Juan Vásquez, Cura de Santiago de los Caballeros, a la falaz invasión realizada por Boyer en 1822. Error es. O acaso un lapsus calami. El incendio del templo, donde murió "achicharrado" el pastor de almas, fue un crimen salvaje cometido en 1804, en la huida, por las hordas de Dessalines, cuando éste levantó el sitio frustrado de la Ciudad del Ozama.

Pág. 13.— Lo de la saya de seda, lucida i deslucida como sotana por el monaguillo, debió ocurrir cuando Meriño iba de los nueve a los once años — 1842 a 1844 —; i, sin duda, la seda se había "pasado". Aun no existían, entonces, esos armadores del traje femenino. El "malakoff" — que también se llamó "crinolina" — era un ahuecador de las faldas; i su uso aquí coincidió con la anexión santanista. Meriño, en 1861, era jefe de la Arquidiócesis. El "polizón" era un abultador, localizado, i la moda lo introdujo tres lustros mas tarde.

El anacronismo es de escasa monta.

Pág. 13. — "Las conciencias trinitarias",



ponderadas por la autora, educáronse al calor de las ideas cívicas i nacionalistas de Juan Pablo Duarte. Lo atribuido, al respecto, al Pbro. Gaspar Hernández—capellán del ejército español en el Perú, su país, que optó por la fuga cuando en Ayacucho se selló con el triunfo la independencia de Sur-América—es una conseja antidualista. Félix M. Ruiz, por escrito, i Félix M. del Monte, oralmente, dejaron testimonio de que Duarte fue el único maestro de civismo i nacionalismo de la juventud trinitaria. Ese voto es de todos los trinitarios. El diablo predicador, un siervo del coloniaje, enemigo de la independencia de su país, oficiando de maestro de libertad en el ajeno. Acaso le diese lecciones a los anexionistas, pues el sacerdote limeño sólo era enemigo del negro haitiano i amigo del blanco bajo el cetro de la dinastía austro-española o hispano-francesa.

Pág. 16. — Una nota al pié de esa página expresa: “Para substituir al P. Juan de P. Ayala”.

El aludido sacerdote fue cura párroco de San Cristóbal durante más de media centuria. Cuando murió era Deán de la Catedral Metropolitana. Su armonioso nombre era i es como enseguida lo escribo: Juan de Jesús Ayala i García.

Pág. 16. — Rubí, a quien se cita en esa misma página como salvado de la muerte durante la revolución civil del año 1857 a 1858, gracias a la actitud asumida a su favor por Meriño, entonces cura de Neiba, fue un soldado de vanguardia en la guerra de la independencia, que gozó de prestigio en las comarcas sureñas. Era el general Rudecindo Ramírez. Murió octogenario.

Pág. 19. — Leo:—“Luego, ai! Tejera será su enemigo”. Nunca lo fue de Meriño. Mental i cordialmente unido a su noble amigo i amado maestro, por un afecto familiar entrañable, no fue su adversario i jamás actuó en daño suyo. Limitóse a alejarse del Presidente convertido en Dictador i sus relaciones quedaron rotas. Ambos, al morir, se llevaron consigo el secreto dolor de aquella hora triste del año 1881.

Todavía, algunos años después del fenecimiento del mitrao, ambos—Emiliano i yo—hablábamos de él, no sin melancolía, i seguíamos llamándole el Padre. El Padre, por antonomasia, era siempre Meriño.

Pág. 27. — La canongía ofrecídale por Isabel II, cuando Meriño optó por fijar su residencia en Puerto Rico, era una prebenda. Ni esa ni otra alguna aceptó el sacerdote i orador dominicano. Este se limitó a ser huésped de la ciudad del Yágüez. En Mayaguez, donde tuvo hogar i tumba el trinitario José M. Serra, ejerció el ministerio sacerdotal i dejó oír la palabra del evangelio el elocuente orador sagrado.

Pág. 34. — Doi testimonio de que ciertamente hubo, en aquel acto de edificación cívica, los aplausos de un selecto grupo de jóvenes, sus discípulos, acallados por la campanilla de la presidencia, a seguidas del “enorme silencio” que “acogió el verbo de Meriño”, i fue como una salva de honor i adhesión al magno discurso tribunicio.

Pág. 35. — También lo doi de que hubo el grito aislado de “viva el presidente vitalicio”, ahogado en la réplica viril de aquel varón eximio:— “Vitalicio, nó! Alternativo i responsable”.....

Pág. 51. — “No intransigente como el P. Billini” dice en esa cláusula la ilustrada escritora i profesora, en un paralelo de ese levita i filántropo con el sacerdote ecuanime i magnánimo. Trata, en ella, de la actitud de ambos frente al normalismo. Es sabido que el segundo—Presidente o Arzobispo—tuvo un espíritu liberal i laico i una visión definida de la patria. Bajo su gobierno se le concedió a la Escuela Normal el edificio de la Tercera Orden Dominicana. Pero tampoco el primero llegó a la intransigencia, o la enemiga, contra Hostos i el Normalismo. Billini se alarmó, al principio, i se puso en guardia. Temía la competencia. Precisamente a mi me tocó, como Inspector Normalista i como Jurado de Examen en ambos planteles, desvanecer esos temores i promover las relaciones entre ellos. Antes de un año las hubo, cordiales, entre Hostos i Billini. Dato elocuente: cuando se graduó el primer grupo de maestros normalistas, en 1885, uno de ellos, entró en el profesorado de “San Luis Gonzaga”.

Otros fueron—i laicos— los enemigos del Normalismo i adversarios intransigentes de la Escuela Normal de Santo Domingo.

Pág. 52. — Amplió la información de esa página.

Apenas hacía una hora del acto oficial en que Meriño prestó juramento, como mandatario ejecutivo, cuando retuvo en Palacio a uno de sus dilectos discípulos. Era en la oficina destinada a la Presidencia. Se quitó la banda simbólica i, permaneciendo de pié, dijo: “Siéntate. Escribe el decreto para el nombramiento de los ministros”. El discípulo, agradecido de esa prueba de confianza, se sentó a la mesa i comenzó a escribir el decreto. El sabía a quienes se les atribuían las cinco carteras. Pero, cuando escribió “Justicia e Instrucción Pública”, alzó la pluma e inquirió:— Quién? Subsiguó un diálogo íntimo, emotivo, que terminó en un abrazo del maestro al discípulo. . . . Y esa cartera se le atribuyó a alguien que no figuraba en la nómina formulada por Meriño.

El discípulo—que no fue ministro por primera vez—fue oficiosamente considerado como un consejero de buena voluntad i asistía



al consejo diario, con ese carácter, hasta fines de mayo de 1881.

Pág. 65. — “Dos años únicamente”. La Asamblea, presida por Meriño, redujo a un bienio el período gubernativo. Ese gesto cívico es único. El elemento joven mantuvo, con él, la tendenciosa reforma. Era un ensayo i él era el candidato electo. Eso sólo se alaba. Cuatro años después, en 1884, tuvo otro gesto digno de aquel rasgo de civismo. Habíase reunido una asamblea del partido azul —aun se le llamaba con ese color opuesto al rojo— para escoger el candidato a la presidencia en el tercer bienio.—Heureaux manipulaba. Miches insinuó:— “Si Luperón insiste en su negativa, como se afirma, la solución única es elegir por segunda vez a Meriño.” Este, erguido como solía, prorrumpió con energía:— “No! i nó! Una i no más! Antes mi pasaporte i otra vez el ostracismo!”...

Doi fe de ambos gestos de civismo. Doila, porque fui delegado por Santo Domingo, i con esa investidura tomé parte en la asamblea revisora; i porque estuve, aunque ajeno a toda suerte de combinaciones, en aquella asamblea de política militante.

Pág. 85.— El vecino de la villa sancañense, a quien se alude en esa página, no se llamaba Tomás Alonso. Era de origen canario, como la universalidad de sus compueblanos, i estuvo en el baluarte épico la noche del 27 de Febrero de 1844. Este era su nombre: Ramón Alonso Ravelo.

Pág. 66. — En esa hai omisiones i errores involuntarios sin duda. Meriño—cumplido su mandato en el primer bienio de la serie convertida por Heureaux en continuismo— no presidió el Congreso ni desempeñó ningún otro cargo gubernativo.

Ya sólo sería el maestro i el mitrado. Durante quince años— 1886 a 1902— sería miembro de la Junta Superior de Estudios. Catorce años—1892 a 1906—Presidente honorario de la Junta Nacional Colombina. Trece años—1893 a 1906—Presidente honorario de la Junta Erectora del Monumento a Duarte. Veinte años—1882 a 1902—Rector del Instituto Profesional; i veintiuno—1885 a 1906—sería el Ilustrísimo Monseñor de Meriño como Arzobispo de Santo Domingo en la Primada de las Indias....

Papeles de Martí

Epistolario de José Martí y Máximo Gómez.

Gonzalo de Quesada i Miranda — el hijo de Gonzalo de Quesada i Aróstegui — sigue sobre las huellas del prócer que fue su genitor ilustre. Continúa en la búsqueda de

documentos referentes a la revolución de Cuba. Para ello dispone del archivo de su padre. Procede de esa fuente el epistolario conque, en un lapso de trece años, se pusieron al habla, el jefe de la revolución i el jefe de las huestes revolucionarias.

Este fascículo — edición de la Academia Cubana de la Historia — se integra con una fotografía a duo de ambos corresponsales; una página liminar de la comisión académica; una introducción emotiva por el recopilador acucioso i algunas notas ilustrativas del mismo; un apéndice completo del epistolario; veintiocho cartas del apóstol i tres i un apunte del generalísimo.

El epistolario es como una doble corriente de ideas e impresiones sobre un mismo tema — la revolución — que, en la hora precisa, únese en una confluencia caudalosa. No faltó, antes de esa hora decisiva, un choque de los afluentes. La cuarta carta de Martí — 20 de octubre de 1884 — que denuncia un estado de excitación nerviosa en su ruda franqueza, fue para Máximo Gómez un “insulto inconsiderado”. I no la contestó. Limitóse a hacer constar — en un apunte que ahora subsigue, con el número cinco, a la carta en referencia — el insulto sufrido en silencio. Noble rasgo. ¿Cómo se sobrepuso al impulso de la réplica? La “simpatía que el joven revolucionario le inspiró al conocerlo”, sin duda, debió influir en la actitud asumida. Tres años estuvieron en suspenso sus relaciones epistolares. Pero la atracción simpática o afinidad psíquica era mutua i subsistió, a honesta distancia, hasta allegarlos de nuevo sin resquemor i como si nada hubiese ocurrido entre ellos.

Hubo mayor lapso entre las dos cartas conque, en 1887 i en 1892, fue solicitado el concurso del conspicuo dominicano para reasumir la jefatura militar en el campo insurrecto. Ese lustro lo ocupó José Martí en la faena más difícil, arduísima, como lo fue la rehabilitación del decaído espíritu revolucionario con la nueva orientación que hubo de darle al laborantismo para la lucha. La carta de 1887 traza un programa de acción inicial. Al pie luce la firma de Martí i de veintiún colaboradores i asesores de la junta revolucionaria. La de 1892 es la consagrada. Ya Martí es el Delegado i Jefe de la Junta. El sólo la calza con su firma, el 13 de setiembre, en la épica ciudad dominicana de Santiago de los Caballeros. El Generalísimo — éralo de nuevo — le dió contestación dos días después, el 15, con su breve carta de aceptación escrita también en la misma ciudad restauradora. Ya no habría solución de continuidad en la correspondencia por parte de Martí.

Ese mismo día — sellado el pacto— recibía yo el telegrama cordial conque José Martí me anunciaba su salida para la ciu-

dad de Santo Domingo. El 18 éramos hermanos.

Treintidos meses — comprendidos entre el 19 de setiembre de 1892 i el 19 de mayo de 1895 — abarcan las veintitrés cartas, todas de Martí, que subsiguen en el epistolario. La mayor parte de ellas proceden de New York. Hai una de Kingstown i otra de Cabohaitiano. Hai tres escritas en el territorio dominicano. La de Dajabón i la de Montecristi carecen de fecha. Pero su contenido indica que ambas son de marzo de 1895, en vísperas de la salida de Martí para Cuba "con una mano de valientes".

La de Santo Domingo no pudo ser escrita en la fecha que dice, el 19, sino el 20 de septiembre de 1892. Su contenido lo abona. Habla de la recepción cordial que se le hizo, en "Amigos del País", i tal acto se efectuó de 9 a 11 de esa última noche de su permanencia en la Primada. De allí fuimos al hotel, bajo la lluvia continua, por su equipaje. Su curiosa maleta de viaje. En el hotel terminó la carta i la entregó a Jaime R. Vidal, su recordado amigo, para su envío a Máximo Gómez. Era media noche. Su fecha pudo ser 20-21 de septiembre de 1895. Minutos más tarde salía, por mar, rumbo a Barahona. De allí me escribió, el mismo día 21,

la efusiva carta que es como una continuación de la dirigida a nuestro insigne compatriota.

La última carta del epistolario, escrita con lápiz i tal vez a caballo i en marcha, fue la postrera en la correspondencia revolucionaria de José Martí. Contiene su palabra de despedida, pero no su último pensamiento. Su último pensamiento, a poco, sería para Cuba libre. Escribe al Generalísimo: — "Como a las cuatro salimos" i salió a no volver, ni vivo ni muerto, para caer "de cara al sol" en la sorpresa de Bocas de Dos Ríos como heroe i mártir de la causa libertadora de Cuba.

Cierro esta página en un ambiente de desilusión i desesperanza. El espectáculo que ofrece la isla, en el desenfreno de las pasiones i en el vértigo o el delirio de la fuerza bruta, sobrecoje el espíritu i mantiene en zozobra i en angustia a quienes, fuera del arduo escenario, evocan el alma iluminadora de Martí i de Aguilera e invocan el sacrificio épico de cuantos con su sangre fundaron la "república cordial de todos i para todos", tal como la anunció a su pueblo el apóstol i maestro.

Fed. Henríquez i Carvajal

El Voto de un Prócer

JAIME R. VIDAL I LA REVOLUCION DE CUBA.

Sr. Don Federico Henríquez y Carvajal
Ciudad.

Mi querido amigo: Tengo recibida su carta de fecha 26 y a ella correspondo. (1)

Es rigurosamente exacto lo que Usted, testigo de la mayor acepción, asevera respecto a la supuesta entrevista del apóstol Martí con el general Heureaux: Jamás se vieron en ninguna parte. (2)

Probable es que supieran algo de una entrevista secreta, que yo provoqué en mi quinta de Gúlibia, entre el general Heureaux y el general Ríos Rivera, cuando se trató

NOTAS DE CLIO.

(1) Don Fed — ya de regreso de las andanzas nacionalistas en el exterior — escribió una página con la cual rectificaba el error cometido por quienes, en un artículo i en un volumen de historia, se referían a una entrevista celebrada entre José Martí i Ulises Heureaux; i buscó la confirmación de su rectificación en su compañero de laborantismo en pro de Cuba. De ahí el cambio de sendas cartas. La de Don Jaime R. Vidal estaba inédita hasta ahora.

(2) Heureaux i Martí no se conocieron personalmente. Esa afirmación categórica — confirmada por D. Jaime R. Vidal — habíala hecho en discursos i artículos de prensa Don Fed.

de salvar un contrabando de guerra, que traía Ríos, y de ayudarlo a seguir viaje; a todo lo cual se prestó gustoso el general Heureaux, mostrándose una vez más decidido amigo de la causa de Cuba. (3)

Diferimos en un punto de poca importancia, usted y yo, en cuanto a los recursos que proporcionó Heureaux a Gómez y Martí para salir de Monte Cristy en viaje para las costas de Cuba. Yo indiqué al general la suma de cuatro mil pesos oro, indicación que él aceptó seguido, y me pidió que yo hiciera la situación de esos fondos y le pasara la cuenta; pero, como yo conocía la delicada situación de Gómez y Martí, en Monte Cristy, por cartas confidenciales de Gómez, le supliqué que lo hiciera él por telégrafo, en su clave privada con el Gobernador — que lo era entonces el general Guclito Pichardo, — pues no había tiempo que perder, y, además, en esa operación no debía intervenir nadie que no fuera capaz de guardar toda la discreción que la delicada situación de aquellos señores y la del Presi-

(3) Hubo en proyecto dos invasiones sobre Puerto Rico. Agustín Morales, dominicano, sería el jefe de la una; Ríos Rivera, puertorriqueño, lo sería de la otra. El todo o parte de ese material de guerra tenía ese destino. Ambas se frustraron.

